

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I



### MAS SOBRE EL JAPONISMO

(Por La Nación)

SALAMANCA, Junio de 1907.

Ramiro de Maeztu es un espíritu sutil é impresionable, capaz de interesarse por los más diversos problemas, y creo que poco capaz de enamorarse profundamente y de por vida de una causa cualquiera. Le creo un sensual de la inteligencia, quiero decir, un hombre que tiene la voluptuosidad de los conceptos, de las doctrinas, de las teorías. Un alma en fin, poco apasionada y sin fanatismo. Y un excelente, excelentísimo periodista.

Cuando yo le conocí, allá en nuestro común país vasco, estaba bajo las garras de Nietzsche, creo que sin conocerlo mucho mejor que yo, que en realidad nunca lo he conocido muy bien y siempre indirectamente, y entonces, cuando nos conocimos Maeztu y yo, no conocía yo al tal Nietzsche ni poco ni mucho. Hoy poco, pero entonces nada.

Digo, pues, que por aquel entonces era nuestro Maeztu un nietzscheniano al parecer rabioso. No dejaba caer de los labios á Zarathustra y apenas había escrito suyo en que en una ó en otra forma no asomase el sobrenombre. Cuando se fué de Bilbao á Madrid, decidido á conquistar la corte—y la conquistó á su manera, siendo á la vez, claro está, conquistado por ella—se llevó en la maleta á Nietzsche y agarrado á la bandera de éste emprendió sus campañas de individualismo á todo trance.

El al parecer frenético individualista de aquellos años se nos ha vuelto un al parecer no menos frenético antiindividualista y pone en la causa que ahora sustenta el mismo ahínco y la misma sutileza é ingenio que ponía entonces en aquélla. Y yo no puedo menos que recordarle lo que le decía en cierta ocasión diciéndole: «Mire usted, amigo Ramiro, nosotros los vascos somos un pueblo ágil y hasta ahora sólo se nos conoce por la agilidad corporal, por ser un pueblo de pelotaris; es menester que demos á conocer nuestra agilidad mental y que sabemos también jugar á la pelota con las ideas. Lo importante no deben ser para nosotros las ideas sino el modo de pelotearlas». Y me temo que haya seguido muy á la letra mi consejo.

Cuando se profesaba individualista radical juraba en nombre de un individuo, que era Nietzsche, y ahora que se profesa antiindividualista, ó mejor dicho, colectivista—no en el sentido económico, sino en el otro—jura en nombre de un pueblo: el japonés. Y sospecho que el pueblo japonés que hoy nos predica y pone por modelo de imitación es tan fantástico y tan apartado del verdadero pueblo japonés como el Nietzsche que entonces nos predicaba era fantástico y apartado del verdadero Nietzsche, del hombre y no del escritor.

En un número de *La Correspondencia de España*—el del 2 de este mes de junio—me dedicaba, bajo el título de «La rosa y la flor del cerezo», un artículo en que toma en cuenta el que en estas mismas columnas dediqué yo al problema religioso en el Japón, y que apareció el 7 de marzo. Uno y otro trabajo se basan en el libro «El alma japonesa», de Gómez Carrillo.

Maeztu se empeña en convencernos de que el triunfo japonés—triunfo hasta ahora y al parecer, pues aun nos queda á ellos

mucho que andar y a nosotros mucho que verles andar—se debe al principio fundamental del budismo, ó sea á la impersonalidad de los seres contingentes ó mejor dicho á la contingencia de las individualidades.

Hay aquí, por de pronto, dos cosas, y son, la primera: si realmente el budismo enseña la impersonalidad de lo contingente; y segundo, si realmente el budismo ha entrado en el cogollo del alma japonesa. Yo, que soy mucho menos dogmático de lo que parezco, y que, sobre todo, soy mucho menos sugestionable que mi amigo Maeztu, no estoy convencido ni de lo uno ni de lo otro. Cuanto he leído acerca del budismo y acerca del pueblo japonés, y si no es mucho es algo, me ha confirmado en mi no convicción.

Dice Maeztu que no me gustan los pensadores japoneses porque carecen de pasión, porque no encuentro en ellos las tragedias íntimas que atormentaron á Pascal, á Senancour, á Nietzsche. No, no no: entendámonos. Empiezo por no conocer pensadores japoneses, y me guardaré muy bien de suponer que los tales, si los hay, no sufran sus tragedias íntimas. Yo me refería en mi correspondencia á los escritores—no pensadores—japoneses que Gómez Carrillo cita en su libro, y aquellos señores catedráticos me dejan frío, no por su falta de pasión sino por la vulgaridad de su pensamiento. Son unos señores catedráticos tan catedráticos como los de aquí, y que más bien que imbuidos en el budismo ó en la sabiduría tradicional japonesa, me parecen empollados en la biblioteca de filosofía contemporánea que publica Alcan en París. Sus doctrinas me suenan á occidentales y su famoso objetivismo es el que conocemos todos por acá.

Maeztu cree que la pasión es perjudicial á la obra mental, y yo creo, en cambio, que no se ha hecho obra alguna grande y duradera de inteligencia que no haya sido una obra de pasión. Obra de pasión estimo la «Ética», de Spinoza, los «Principios», de Newton, y la «Crítica de la Razón», de Kant.

Maeztu supone que en el Japón no existe el miedo á la muerte y al más allá de ella. Como yo no he vivido allá, no puedo decir á esto nada; pero me será permitido dudar de sus afirmaciones redondas y categóricas. Y repito una vez más que estoy persuadido de que el Japón real y verdadero debe ser muy diferente de como nos lo pintan todos estos occidentales que se empeñan en tomarlo como ejemplificación de sus doctrinas occidentales también.

Afirma Maeztu que los que no sabemos japonés podemos enterarnos de cual sea el espíritu de aquel pueblo por la serie de obras de japoneses que publica en inglés la casa editorial Putman's Sons de Nueva York. Y yo digo que si por ahí fuera fuesen á formarse idea del alma española por lo

que decimos de ella los españoles más ó menos ilustres que acerca de la tal alma escribimos estaban aviados.

Lo que yo sospecho es que esos señores japoneses, más ó menos ilustres y más ó menos pedantes, que escriben acerca de su propio pueblo dirigiéndose á los occidentales nos están, sin quererlo, tomando el pelo, porque son unos señores japoneses adulterados por la cultura europea y que ven al pueblo mismo de que brotaron y en que viven al través de espejuelos comprados en Europa. Esos señores profesores japoneses, me resultan unos europeizantes empedernidos y tanto más europeizantes cuanto más anti-europeizaa

Autor

Autor

Maeztu

1ra  
1h

CP





o oponen el Japón a Europa. Parece que se han dicho: ¿cuál es el principio cardinal de la civilización europea? pues hagamos del principio opuesto nuestro principio.

En el número del *Mensure de France* correspondiente al 10 de mayo de este año leí un artículo—artículo que recomiendo á Maetzu—de M. Albert Maybon sobre el malestar japonés («La maladie japonaise») y en el que se comenta, con textos japoneses—que por lo visto sirven para todo—la anarquía moral que la invasión de doctrinas europeas ha introducido en el Imperio del Sol Naciente. Allí se comenta cómo la medida que el escepticismo religioso se extiende en las clases altas, medra, en las bajas una monstruosa vegetación de supersticiones grotescas.

Yo no dudo de que los jefes del ejército japonés, los oficiales distinguidos formados en la ciencia europea, aquellos cuyos nombres han llegado hasta nosotros, estuviesen, como los señores catedráticos cuyos textos se nos aduce, convencidos de la impersonalidad de lo contingente, pero de lo que dudo mucho es de que lo estuvieran aquellas masas de soldados oscuros que se dejaban matar tal vez para ir más pronto al paraíso japonés.

Procedo por analogía. Sé que el pueblo español, el bajo pueblo, el que ha sido carne de cañón, de nuestras guerras, piensa y siente muy de otro modo que Maetzu ó que yo, aunque por otra parte tenga yo la pretensión, acaso infundada, de conocer mejor que la mayoría de los intelectuales españoles cómo piensa y siente nuestro pueblo que no sabe formular ni su pensamiento ni su sentimiento.

El amigo Maetzu sabe á ciencia cierta, y de un modo apodictico que, no hay lucha de religiones en el Japón, que los japoneses son budistas en metafísica, confucionistas en moral privada y shintofistas en política, todo al mismo tiempo y más ó menos, según sus grados de cultura. Ni Gómez Carrillo, me parece ni yo, de esto estoy seguro, sabemos tanto.

«El cristianismo carece de influencias en el Japón, sigue afirmando Maetzu. He aquí una afirmación que no me creo en condiciones ni de ratificar ni de rectificar. Había de vivir una decena de años en el Japón y no me atrevería á hacerlo. Como que no me atrevo á afirmar si influye ó no en España, donde llevo viviendo los cuarenta y dos años que cuento de vida.

Cuando me atrevo á juzgar algo de las cortantes afirmaciones de Maetzu es cuando éste se sale del Japón, en que se escuda acaso porque conoce nuestra ignorancia respecto á él, y se viene á Europa y á España. Afirma que «nuestros místicos no tienen nada que ver con nuestros soldados» y este formidable apotegma me dejó turulado á mí que me he pasado buena parte de mi vida estudiando á nuestros místicos y á nuestros soldados, que me parecen hermanos gemelos. Al leer tan extraordinaria proposición me acordé al punto del cardenal Cisneros dirigiendo la expedición á Orán y de Íñigo de Loyola, soldado y asceta.

He dedicado largas vigilias al estudio de nuestros místicos, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de fray Juan de los Angeles—que son los que cita Maetzu—y de otros más: algo he escrito sobre ellos en mi libro «En torno al casticismo», y he necesitado leer á Maetzu para enterarme de que trataban de suprimir la conciencia individual. ¡Pobrecito de mí! Y que yo, con casi todos los que han estudiado la mística española y lo que la caracteriza y especifica diferenciándola de las demás, creyera que lo típico de esta mística es su vigo-

Aut.

16

Aut.

19

roso individualismo, individualismo que le salva de caer en panteísmo! Yo creía que nuestros místicos, lejos de dejarse absorber en Dios, absorbían á Dios en sí; yo creía que es en la mística donde hay que ir á buscar la expresión más neta y más robusta del individualismo español; yo creía lo que dejé escrito en 1895, que «es tan fuerte el individualismo este, que el San Juan de la Cruz quiere revelarse de todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con El sea «suyo», que «buscaban por renuncia del mundo «posesión» de Dios, no anegamiento en El». En esta mi creencia me había confirmado la última obra que he leído en que se trata de la mataria, la estupenda «Historia da civilização ibérica» del portugués Oliveira Martins, libro que si no lo conoce debe conocer Maetzu y conocerá algo mejor á su propio pueblo.

Cuando leí esa afirmación de Maetzu sobre nuestra mística no pude menos que decirme: «pues señor, si mi amigo Ramiro está tan fuerte en japonismo como en mística española, aviades estamos los que vamos á aprender en sus escritos».

Luego nos habla del yo egotista, soberbio y odioso. ¡Pobre yo! y ¡cómo te calumnian! Estoy por decir que no hay nada menos soberbio, menos odioso y hasta menos egotista que el «yo». Es mucho más soberbio y más odioso el nosotros. Y así como Maetzu tiene una idea de los japoneses, yo conozco un sujeto que los ha tratado mucho, que ha tenido con ellos negocios mercantiles—en los que se dice, no se distinguen por la buena fe—y el cual me decía que el «nosotros» japonés es mucho más intolerable que el más intolerable «yo» español. Los egotismos colectivos suelen ser más soberbios y más odiosos que los egotismos individuales y el Japón, como pueblo, ha dado pruebas bastante claras de egotismo colectivo y hasta de soberbia. Y de la peor soberbia, de la hipócrita, de la que se disfraza de humildad y de cortesía.

También estoy equivocado, según Maetzu, en suponer un pedante al profesor japonés, y en prueba de ello me aduce lo que dice un señor marqués Lorenzo d'Adda. Y con esto no hay más que hablar. Lo malo es que yo me encorjo de hombros ante las afirmaciones de ese señor marqués y me quedo con la impresión que me han producido los textos de profesores japoneses que he leído en el interesantísimo libro de Gómez Carrillo y en otros libros menos interesantes. El que cuando entra un profesor en una casa de te atestada de senadores, diputados y oficiales se levanten todos y le saluden con una inclinación, no quiere decir que no sea un señor alicantesco y libresco en general, un fonógrafo de lugares comunes de filosofía barata.

Entre nosotros pasa lo mismo. También por este occidente se honra y festeja y se da banquetes más que á los espíritus originales y valientes, sinceros y profundos, á los que repiten pomposamente y parafrasean retóricamente los lugares comunes de la llamada ciencia contemporánea. Y en el Japón parece que ocurre lo propio.

Lo siento mucho, pero mi buen amigo Maetzu no ha logrado convencerme, lo mismo que no lograré convencerle yo. Y después de todo no importa esto gran cosa, porque él dirigió su escrito, más que á mí—aunque me lo dedica—á los lectores de *La Correspondencia de España* y yo dedico este mío, más que á él—aunque con su nombre lo encabezo—á los lectores de LA NACION. Cuando de algo quiera convencerle personalmente, me dirigirá á él privadamente y él hará lo mismo cuando trate de convencerme de algo. Esto de ser escritores nos crea una segunda naturaleza, y así resulta que muchas veces somos tanto menos egotistas como hombres cuanto más egotistas aparecemos como escritores.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

MIGUEL DE UNAMUNO.

GEDOS.USALES